

de Mad. de Chateaubriand. Todo el que la conoce sabe la temura que me profesa, sus temores, la viveza de su imaginación y el delicado estado de su salud: aquel registro de la policía y mi prisión podían causarle un daño terrible. Ya había oído ella algún ruido, y la encontré sentada en su cama, escuchando toda asustada, cuando entré en su cuarto á una hora tan extraordinaria.

—¡Dios mío! exclamó: ¿estais enfermo? ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Y le acometió un temblor. Abracela sin poder apenas contener mis lágrimas, y le dije:

—«No es nada: es que vienen á buscarme para dar mi declaración como testigo en un asunto relativo á una causa de imprenta. Dentro de algunas horas habré despachado, y vendré á almorzar con vos.»

El agente se había quedado junto á la puerta abierta, y veía aquella escena. Al ir á ponerme en sus manos, le dije:—«Ya veis, caballero el efecto de vuestra visita á una hora tan temprana.» Atravesé el patio con mis alguaciles: tres de ellos subieron conmigo en el fiacre: y el resto de la escuadra seguía á pié el carruaje. Así llegamos, sin obstáculo, al patio de la prefectura de policía.

El carcelero que debía encerrarme no se había levantado todavía: despertáronle llamando al postigo de su cuarto, y fué á preparar mi cama. Mientras que estaba ocupado en su obra, paseábame yo á lo largo del patio con el Sr. Leotand, encargado de custodiarme. Hablábame, y me decía amistosamente, porque era hombre honrado:—«Señor vizconde, tengo el honor de hacer memoria vuestra: os he presentado las armas muchas veces cuando érais ministro y veníais al cuarto del rey: yo servía en los guardias de corps; pero, ¿qué queréis? uno tiene mujer é hijos, y es preciso vivir.—Teneis razon. Sr. Leotand. ¿Cuánto os produce esto?—Eso es segun las prisiones, señor vizconde... Hay gratificaciones, y unas veces va bien y otras mal.»

Durante mi paseo veía yo volver á los agentes de policía en diferentes disfraces, como máscaras el miércoles de ceniza en la cuesta de la Courtille, los cuales venían á dar cuenta de los hechos y ocurrencia de la noche. Unos iban vestidos de vendedores de ensalada, revendedores, carboneros, ropavejeros, traperos y tocadores de organillo; otros llevaban pelucas, bajo las cuales aparecían cabellos de otro color; otros tenían barbas, bigotes y patillas postizos; otros arrastraban las piernas como inválidos respetables, y llevaban una brillante cinta encarnada en el ojal. Entraban en un patio pequeño, del que muy luego salían en otro traje, sin bigotes, sin barbas, sin patillas, sin pelucas, sin cestas, sin piernas de palo y sin los brazos en cabestrillos: todos aquellos pájaros del alba de la policía volaban y desaparecían al entrar el día. Dispuesta ya mi habitación, vino á avisarnos el carcelero, y el Señor Leotand, con sombrero en mano, me condujo hasta la puerta de la honrada morada, diciéndome al dejarme en manos del carcelero y sus dependientes:—«Señor vizconde, tengo el honor de saludaros; hasta la vista.» Cerróse tras de mí la puerta de entrada. Precedido del carcelero que tenía las llaves, y de sus dos dependientes, que me seguían para impedirme que volviese atrás, llegué por una estrecha escalera al piso segundo. Un pequeño corredor oscuro me condujo á una puerta que abrió el llavero, y entré tras de este en mi jaula. Me preguntó si necesitaba de alguna cosa, y le dije que almorzaría dentro de una hora. Advirtiéndome que había un café y una fonda que suministraba á los presos todo cuanto quisiesen, por su dinero. Rogué al guardián que me hiciese traer té, y si era posible, agua caliente y tria y servilleta. Dile veinte francos anticipados, y se retiró respetuosamente, ofreciéndome volver.

Luego que me quedé solo, examiné mi cuarto:

era mas largo que ancho, y su altura podía ser de siete á ocho piés. Las paredes, manchadas y desnudas, estaban emborronadas con prosa y versos de mis predecesores, y especialmente con garrapatos de una mujer que prodigaba una porción de injurias al justo medio. Un jergon con sábanas sucias ocupaba la mitad de mi cuarto: una tabla sostenida por dos maderos clavados en la pared y colocada dos piés mas alta que el jergon, servía de armario para la ropa blanca, las botas y los zapatos de los presos: una silla y un mueble indecoroso componían el resto del mobiliaje.

Mi fiel carcelero me trajo las servilletas y las vasijas con agua que le había encargado: supliquéle que quitase de la cama las sábanas sucias y la manta de lana amarillenta, se llevase el cubo que me sofocaba, y barriese mi cuarto despues de regarlo. Quitadas todas las obras del justo medio, me afeité, me lavé perfectamente, y me mudé de ropa: Mad. de Chateaubriand me había enviado un pequeño lio, y arreglé su contenido en la tabla que había encima del jergon, como en el retrete de un buque. Despues de hecho esto, llegó el desayuno, y tomé mi té en mi mesa bien lavada, que cubrí con una blanca servilleta. No tardaron en venir á recoger los utensilios de mi festin matutino, y me dejaron solo debidamente encerrado.

Mi cuarto solo estaba alumbrado por una ventana enrejada, colocada á mucha altura: puse mi mesa bajo aquella ventana, y me subí para respirar y gozar de la luz. Al través de las barras de mi jaula de ladrón no divisaba mas que un patio, ó mas bien un paraje oscuro y estrecho, y edificios sombríos, alrededor de los cuales revoloteaban murciélagos. Oía yo el chirrido de las llaves y cerrojos, el ruido de los sargentos municipales y de los espías, los pasos de soldados, el movimiento de las armas, los gritos, las risas, las canciones desvergonzadas de los presos vecinos míos, los ahullidos de Benito, condenado á muerte por asesino de su madre, y de su obscuro amigo. Entre las exclamaciones confusas del miedo y del arrepentimiento de Benito, le oía pronunciar estas palabras:—«¡Ay madre mía! ¡Mi pobre madre!» Yo veía el lado opuesto de la sociedad, las llagas de la humanidad y las horribles máquinas que hacen mover este mundo.

Doy gracias á los literatos grandes partidarios de la libertad de imprenta que en otro tiempo me habían tomado por su jefe combatiendo bajo mis órdenes: sin ellos habría dejado la vida sin saber lo que era la prisión, y me habría faltado esta prueba. Reconozco en esa atención delicada el genio, la bondad, la generosidad, el honor, el valor de los hombres de pluma en los empleos. Pero, en último resultado, ¿qué es esa corta prueba? El Tasso pasó años en un calabozo, ¿y había yo de quejarme? No, no tengo el necio orgullo de medir mis contrariedades de algunas horas con los sacrificios prolongados de las inmortales víctimas, cuyos nombres ha conservado la historia.

Ademas, yo no era desgraciado: el genio de mis grandezas pasadas y de mi gloria de treinta años no se me apareció; pero mi musa de otro tiempo, pobre é ignorada, vino á abrazarme radiante por mi ventana: estaba encantada de mi misión, y completamente inspirada, y me hallaba como me había visto en mi miseria en Londres cuando los primeros sueños de René vagaban en mi cabeza. ¿Qué íbamos á hacer la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción á semejanza de ese pobre poeta Lovelace, que en las prisiones de los Comunes de Inglaterra cantaba á su amo el rey Carlos I; No, la voz de un preso me habría parecido de mal agüero para mi pequeño rey Enrique V: del pié de los altares es de donde deben entonarse himnos á la desgracia. No canté, pues, la corona caída de unas sienes inocentes, y me contenté

con lamentar una corona blanca tambien colocada sobre el féretro de una jóven: me acordé de Elisa Trisell, á quien había visto enterrar el día antes en el cementerio de Passi. Principié algunos versos elegiacos de un epitafo latino; pero me encontré atascado en la cantidad de una palabra: me eché al punto de la mesa, sobre que estaba subido, apoyado contra los hierros de mi ventana, y corrí á llamar con fuertes puñadas á la puerta. Las cavidades inmediatas resonaron, y subió asustado el carcelero, acompañado de dos guardas: abrió mi calabozo y le grité como hubiera hecho Santeil:—«¡Un Gradus, un Gradus!» El carcelero guiñaba los ojos, y los gendarmes creían que yo revelaba el nombre de algunos de mis cómplices: de buena gana me habrían aplicado sus cuerdas. Expliqueme al fin, di dinero para comprar el libro, y fueron á pedir un Gradus á la policía asombrada.

Mientras que se ocupaban en mi comisión, volví á subir sobre mi mesa, y cambiando de idea en aquel trípode, me puse á componer estrofas sobre la muerte de Elisa; pero en medio de mi inspiración, á eso de las tres, entraron en mi celda dos dependientes del juzgado, y me aprehendieron en las orillas del Permiso para conducirme á presencia del juez de instrucción que actuaba en un aposento oscuro enfrente de mi calabozo, al otro lado del patio. El juez, jóven golilla, presumido y entonado, me hizo las preguntas de estilo acerca de mi nombre, apellido, edad y domicilio. Negueme á contestar y firmar nada, no reconociendo la autoridad política de un gobierno que no tenía á su favor ni el antiguo derecho hereditario ni la elección del pueblo, puesto que la Francia no había sido consultada ni se había reunido congreso alguno nacional. Fué de nuevo conducido á mi ratonera.

A las seis me trajeron la comida, y yo continué volviendo y revolviendo en mi cabeza los versos de mis estancias, improvisando de vez en cuando un aire que me parecía encantador. Mad. de Chateaubriand me envió un colchon, una almohada larga, sábanas, una manta de algodón, velas y los libros que yo leía por las noches. Arreglé mi cuarto, y sin dejar de cantar:

Baja el féretro y las rosas purísimas,

quedó terminado mi romance de la jóven y el capullo.

«Baja el féretro y las rosas purísimas que un padre colocó sobre él, como tributo de su dolor; tú las llevaste, ¡oh, tierra! y ahora ocultas á la jóven y al capullo.

»¡Ay! No las vuelvas jamás á este mundo profano, á este mundo de luto, de agonía y desgracia: el viento quiebra y marchita, el sol quema y aja jóven y capullo.

»¡Tú duermes, pobre Elisa, tan ligera de años! Y ya no sientes la pesadez y el calor del día: ¡ya habeis acabado vuestras frescas mañanas, jóven y capullo!

»Pero tu padre, Elisa, se inclina sobre la tumba: la palidez de tu frente se ha comunicado á la suya. ¡Vieja encima!.. el tiempo ha segado sobre tus raíces á la jóven y al capullo.»

PASO DE MI CELDA DE LADRON AL GABINETE DE TOCADOR DE LA SEÑORITA GISQUET.—AQUILES DE ARLAY.

Paris, calle del Infierno,  
fines de julio de 1832.

Me principiaba á desnudar, cuando oí el sonido de una voz: abrióse mi puerta, y se presentó el prefecto de policía acompañado de Mr. Nay. Dióme mil disculpas por la prolongación de mi arresto en el depósito,

y me anunció que mis amigos, el duque de Fitz-James y el baron Hide de Neuville, habían sido presos como yo, y que, atendida la multitud de gente que había en la prefectura, no se sabía dónde colocar á las personas á quienes la justicia creía deber interpellar.—«Pero, añadió, vais á venir á mi habitación, señor vizconde, y eligireis allí el cuarto que mejor os acomode.»

Díle las gracias, y le supliqué que me dejase en mi agujero: yo le había tomado ya cariño, como un monje á su celda. El prefecto no accedió á mis instancias, y me fue preciso desalojar. Volví á ver los salones que dejé desde el día en que el prefecto de policía de Bonaparte me hizo llamar para invitarme á salir fuera de Paris. Los señores de Gisquet me franquearon todas sus habitaciones, rogándome que designase las que deseara ocupar. Mr. Nay me ofreció la suya. Hallábame confundido con tanta cortesanía, y acepté una piececita apartada que caía al jardín y servía, á lo que creo, de gabinete de tocador á la señorita Gisquet: permitiéronme que conservase mi criado, el cual dormía sobre un colchon á la parte exterior de mi puerta, y á la entrada de una escalera estrecha que bajaba á la grande habitación de Mad. Gisquet. Otra escalera conducía al jardín, pero me fue vedada, y todas las noches se colocaba un centinela abajo junto á la verja que separa el jardín del malecon. Mad. Gisquet era la mujer mejor del mundo, y la señorita Gisquet muy linda y excelente música. Solo puedo tributar elogios á aquella familia, que no parecía sino que procuraba espiar las doce horas de mi primera reclusión.

Al día siguiente de mi instalación en el gabinete de la señorita Gisquet me levanté en extremo contento, acordándome de la canción de Anacreonte sobre el tocado de una jóven griega: me asomé á la ventana, y vi un jardinito muy verde, y una gran pared cubierta con barniz del Japon: á la derecha, en el fondo del jardín, había oficinas, en las que se veía á varios agradables escribientes de la policía, como hermosas ninfas entre lilas: á la izquierda el malecon del Sena, el rio y un trozo del antiguo Paris en la parroquia de Saint-André-des-Arts. Los sonidos del piano de la señorita Gisquet llegaban á mis oídos con la voz de los agentes de policía que llamaban á los gefes de division para transmitirles sus noticias.

¿Cómo cambia todo en este mundo! Aquel pequeño jardín inglés romántico de la prefectura era un pedazo arrancado al jardín francés de olmedillas recortadas á tijera, de la casa del primer presidente de Paris. Ese antiguo jardín ocupaba en 1800 el sitio de una porción de casas que limita la vista á Norte y Occidente, y se extendía hasta la orilla del Sena. Allí fue donde despues de las jornadas de las barricadas, visitó el duque de Guisa á Aquiles de Harlay: halló al primer presidente, que se estaba paseando en su jardín, y se sorprendió tan poco de su venida, que ni siquiera se dignó volver la cabeza ni detener su paseo comenzado, pues concluido este, y llegado al término de la arboleda, volvió, y al volverse vió al duque de Guisa, que se dirigía hácia él: entonces este grave magistrado, levantando la voz, le dijo:—«Es mucha lástima que el criado despida al amo: por lo demás, mi alma es de Dios, mi corazón de mi rey, y mi cuerpo está en manos de los malvados: que hagan de él lo que quieran.» El Aquiles Harlay que se pasea hoy en este jardín es monsieur Vidocq y el duque de Guisa, Coco Lacour: hemos cambiado los grandes hombres por los grandes principios. ¡Qué libres somos ahora! ¡Y qué libre era yo especialmente! Testigo, sino, ese buen gendarme que estaba al pié de mi escalera y se preparaba á dispararme al vuelo si me hubiesen nacido alas. No había ruiseñores en mi jardín; pero había en cambio muchos gilgueros ligeros, descarados y quejumbrosos que encuentra

uno por todas partes, en los campos, en las ciudades, en los palacios, en las cárceles, y que se encaraman tan alegremente sobre el instrumento de muerte como sobre un rosal: al que puede volar, ¿qué le importan los sufrimientos de la tierra?

Calle del Infierno. fines de julio de 1832.

JUEZ DE INSTRUCCION.—MR. DESMORTIERS.

Mad. de Chateaubriand obtuvo permiso de verme. Ella había pasado trece meses, en tiempo del terror, en las cárceles de Rennes con mis dos hermanas Lucila y Julia: su imaginación, fuertemente herida entonces, no podía soportar la idea de una prisión. Mi pobre esposa tuvo un violento ataque de nervios al entrar en la prefectura, y esta fue una obligación más que tuve al justo medio. El segundo día de mi detención, el juez de instrucción, Mr. Desmortiers, vino acompañado de su escribano.

Mr. Guizot había hecho nombrar procurador general del tribunal real de Rennes á un tal Mr. Hello, escritor, y de consiguiente envidioso é irritable, como todo el que emborriona papel en un partido triunfante.

El protegido de Mr. Guizot, hallando mi nombre y los del duque de Fitz-James y Mr. Hyde de Neuville mezclados en la causa que se seguía en Nantes contra Mr. Berryer, escribió al ministro de la Justicia que, si él mandase, no dejaría de hacernos prender y envolvernos en la causa como cómplices y como pruebas de convicción á la vez. Mr. de Montalivet creyó deber prestarse á las insinuaciones de Mr. Hello: hubo un tiempo en que Mr. de Montalivet venía humildemente á mi casa á tomar mis consejos y mis ideas sobre las elecciones y la libertad de imprenta. La restauración que hizo par á Mr. de Montalivet no pudo hacerle hombre de talento, y sin duda por este motivo la trata hoy tan mal.

Entró, pues, el juez de instrucción, Mr. Desmortiers, en mi pequeño cuarto: sobre su rostro se hallaba extendido, como una capa de miel, un aire de dulzura sobre un rostro contraído y violento.

—«Me llamo Loyal, natural de Normandía, y soy alguacil de vara, á despecho de la envidia.»

Mr. Desmortiers era antes de la congregación gran afiliado, gran legitimista, gran partidario de las ordenanzas, y ahora acérrimo justo medio. Rogué á aquel animal que se sentase con toda la política del antiguo régimen: acerquéle un sillón, puse delante de su escribano una mesita, pluma y tintero: sentéme enfrente de Mr. Desmortiers, y este me leyó, con una voz benigna, los pequeños cargos que, debidamente probados, me habrían hecho cortar tiernamente la cabeza: en seguida pasó al interrogatorio.

Declaré de nuevo que no reconociendo el orden político actual nada tenía que contestar; que yo nada firmaría; que todos aquellos procedimientos judiciales eran superfluos; que podía ahorrarse el trabajo de hacerlos y pasarse adelante y que por lo demás yo tendría siempre un placer en recibir á Mr. Desmortiers.

Conocí que aquella manera de comportarme ponía furioso al santo barón; que habiendo sido de mis mismas opiniones, mi conducta le parecía una sátira de la suya, y á ese resentimiento se mezclaba el orgullo del magistrado que se creía lastimado en sus funciones. Quiso razonar conmigo, y no pude hacerle comprender nunca la diferencia que hay entre el orden social y el orden político.—«Me someto, le dije, al primero, porque es el derecho natural: obedezco las leyes civiles, militares y financieras, las leyes de policía y orden público; pero no debo obediencia al derecho político sino cuando ese derecho emane de la autoridad real consagrada por los siglos,

ó se derive de la soberanía del pueblo.» Yo no era bastante necio ó bastante falso para creer que el pueblo había sido convocado y consultado, y que el orden político establecido fuese resultado de un acuerdo nacional. Si me formasen causa por robo, asesinato, incendio y otros crímenes y delitos sociales, respondería á la justicia; pero cuando se me envolvía en un proceso político, nada tenía que responder á una autoridad que no tenía ningún poder legal, y por consiguiente nada que exigirme.

Así se pasaron quince días. Mr. Desmortiers, cuya rabia llegó á mis oídos (rabia que procuraba comunicar á los jueces), se acercaba á mí con aire meloso diciéndome: —«¿Con que no queréis decirme vuestro ilustre nombre?» En uno de los interrogatorios me leyó una carta de Carlos X al duque de Fitz-James, en que se hallaba una frase honorífica para mí.—«Y bien, caballero, le dije; ¿qué significa esa carta? Es notorio que he permanecido fiel á mi antiguo rey, y que no he prestado juramento á Felipe. Por lo demás, me enternece vivamente la carta de mi soberano desterrado. En el tiempo de sus prosperidades no me ha dicho una cosa semejante, y esa frase me recompensa todos mis servicios.»

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

MI VIDA EN CASA DE MR. GISQUET.—ME PONEN EN LIBERTAD.

Mad. Recamier, á quien tantos presos han debido consuelo y hasta la libertad, se hizo conducir á mi nuevo retiro. Mr. de Beranger bajó de Passy para decirme en estrofas, bajo el recuerdo de sus amigos, lo que se practicaba en las cárceles en tiempo de los míos. No podía echarme más en cará la restauración. Mi antiguo amigo, Mr. Bertin, vino á administrarme los sacramentos ministeriales: una mujer entusiasta acudió de Beauvais á fin de admirar mi gloria. Mr. Villemain dió una prueba de valor; Mr. Dubois, monsieur Ampere, Mr. Lenormant, mis jóvenes y sabios amigos, no me olvidaron; el abogado de los republicanos, Mr. Ch. Ledru, no se separaba de mí: con la esperanza de un proceso, abultaba el asunto, y habría pagado con todos sus honorarios la satisfacción de defenderme.

Mr. Gisquet me había ofrecido, como ya he dicho, todas sus habitaciones; pero yo no abusé de su permiso. Solamente una noche bajé para oír, sentado entre él y Mad. Gisquet, tocar el piano á la hija de estos. Su padre la riñó y dijo que había ejecutado su sonata no tan bien como otras veces. Aquel pequeño concierto que el prefecto me daba en familia no tenía otro oyente que yo, y era singular. Mientras que en lo íntimo del hogar pasaba esta escena, los sargentos municipales me traían de fuera camaradas á culatazos y á palos. Y sin embargo, ¡qué paz y qué armonía reinaba en el corazón de la policía!

Tuve la felicidad de hacer conceder un favor muy semejante al de que yo gozaba; el favor de un calabozo á Mr. C. Philippon: sentenciado por su talento á unos cuantos meses de arresto, los pasaba en una casa de sanidad en Chaillot: llamado á París para prestar una declaración en un proceso, se aprovechó de la ocasión, y no volvió á su encierro; pero luego se arrepintió: en el sitio en que se mantenía oculto no podía ver libremente á una niña á quien amaba: echó de menos su prisión, y no sabiendo cómo volver á ella, me escribió la siguiente carta, rogándome que negociase ese asunto con el prefecto:

«Caballero: estais preso, y me comprendierais, aun cuando no fuérais Chateaubriand... Yo también estoy preso, preso voluntario desde la declaración en

estado de sitio, en casa de un amigo, de un pobre artista como yo. He querido huir de la justicia de los consejos de guerra, de que me hallaba amenazado, por haber sido recogido mi periódico de 9 del corriente. Pero para ocultarme he tenido que privarme de los abrazos de una niña á quien idolatro; de una hija adoptiva de edad de cinco años, mi felicidad y mi alegría. Esta privación es un suplicio que yo no podría sufrir por más tiempo: ¡sería mi muerte! Voy á descubrirme, y me arrojarán en Santa Pelagia, en donde no veré á mi pobre niña sino raras veces, y eso si me lo permiten y á horas dadas; en donde temblaré por su salud, y en donde moriré de inquietud si no la veo todos los días.

«Me dirijo á vos, caballero; á vos legitimista, yo republicano de todo corazón; á vos hombre grave y parlamentario, yo caricaturista y partidario de las punzantes personalidades políticas; á vos, que no me conocéis, y estais preso como yo, para que alcancéis del señor prefecto de policía que me deje volver á la casa de sanidad, adonde me habían trasladado. Me comprometo por mi honor á presentarme á la justicia siempre que á ello se me requiera, y renuncio á sustraerme á cualquiera tribunal que sea, con tal que se me deje con mi pobre niña.

«Vos me creéis, caballero, cuando hablo de honor y juro no fugarme, y estoy persuadido de que sereis mi abogado, aunque los políticos profundos puedan ver en eso una nueva prueba de alianza entre los legitimistas y los republicanos, hombres todos cuyas opiniones se hallan tan en armonía.

«Si á semejante huésped, á semejante abogado se le rehusase lo que pido, sabría que nada me quedaba ya que esperar, y me vería separado por nueve meses de mi pobre Emma.

«De todos modos, caballero, cualquiera que sea el resultado de vuestra generosa intervención, no será menos eterno mi reconocimiento, porque nunca daré de las solícitas instancias que vuestro corazón no podrá menos de sugeriros.

«Recibid, caballero, la expresión de la admiración más sincera, y creedme vuestro muy humilde y obediente servidor»

«C. PHILIPPON,

«propietario del diario *La Caricatura*,  
«condenado á trece meses de prisión.

«Paris 21 de junio de 1832.»

Alcancé el favor que pedía Mr. Philippon, y este me dió las gracias por medio de un billete que prueba, no la magnitud del servicio (que se reducía á hacer custodiar á mi cliente en Chaillot por un gendarme), sino esa alegría secreta de las pasiones, que solo puede ser bien comprendida por aquellos que verdaderamente la han sentido.

«Caballero: Parto para Chaillot con mi querida niña.

«Quisiera daros las gracias, pero las palabras me parecen frías para expresar el reconocimiento de que me hallo poseído: he tenido razón en creer, caballero, que vuestro corazón os sugeriría elocuentes instancias. Estoy seguro de no engañarme al creer que os dirá que no soy ingrato, y que os pintará mejor de lo que yo pudiera hacerlo la dulce turbación en que vuestra bondad me ha puesto.

«Recibid, caballero, mis sinceras gracias, y dignaos considerarme el más afecto de vuestros servidores.

«CARLOS PHILIPPON.»

A esta singular muestra de mi valimiento, añadiré este extraño testimonio de mi reputación: un joven

empleado de las oficinas de Mr. Gisquet me compuso muy buenos versos, que me fueron entregados por el mismo Mr. Gisquet, porque, al fin, es preciso ser justos; si un gobierno literato me atacaba indignamente, las musas me defendían noblemente: Mr. Villemain se declaró en mi favor con valentía, y en el mismo *Diario de los Debates* protestó mi amigo Bertin firmando su artículo contra mi prisión. Véase lo que me dice el poeta que se firma *J. Chopin, empleado en el despacho.*

*A Mr. de Chateaubriand, en la prefectura de la policía.*

«Admirando un día tu genio, osé dedicarte unos versos, y como la corriente de agua se esparce en el seno de los mares, llevé este tributo al dios de la armonía.

«Hoy el infortunio ha cruzado por tu frente, serena siempre en la tempestad. ¿Qué es para el poeta el fugaz presente? Tu gloria quedará, y nuestros odios pasarán.

«Enemigo generoso, tu voz varonil y poderosa ha prestado su encanto al error; pero tu elocuencia subyugadora hace siempre absolver á tu corazón.

«No hace mucho un rey hirió tu noble independencia, y tú fuiste grande ante su rigor... Cae luego, y desterrado de Francia, no ves tú en él mas que su desgracia.

«¡Ay! ¡Quién pudiera sondear tu firme lealtad y obligar al torrente á cambiar su curso! Pero aunque un solo partido se aplauda con tu celo, tu gloria es de todos nosotros: vuelve, pues, á tomar tus pinceles.

«J. CHOPIN, empleado en el despacho.»

La señorita Noemi (supongo que este es el nombre de la señorita Gisquet) se paseaba con frecuencia sola por el jardinito con un libro en la mano: solía dirigir á hurtadillas, alguna mirada hácia mi ventana. ¡Qué grato hubiera sido ser libertado de mis cadenas, como Cervantes, por la hija de mi amo! Mientras que yo tomaba un aire romántico, el joven y gallardo Mr. Nay vino á disipar mis ilusiones. Le vi hablar con la señorita Gisquet, que no nos engaña á nosotros, creadores de Sifides. Caí al punto de mis nubes, cerré mi ventana, y abandoné la idea de dejar crecer mis bigotes encanecidos por el viento de la adversidad.

Después de quince días, un auto de no haber lugar me volvió á la libertad, el 30 de junio, con gran dicha de Mad. de Chateaubriand, que creo hubiera muerto si se hubiese prolongado mi detención. Vino á buscarme en un fiacre, que llené con mi corto equipaje, tan ligeramente como había salido en otro tiempo del ministerio, y volví á la calle del Infierno con ese *no se qué de perfección que la desgracia presta á la virtud.*

Si Mr. Gisquet fuese por la historia á la posteridad, quizá llegaría á ella en bastante mal estado: deseo que lo que acabo de escribir le sirva aquí de contrapeso á una reputación enemiga. Solo tengo elogios que tributar á sus atenciones y miramientos: indudablemente si yo hubiese sido condenado no me habría dejado escapar; pero, al fin, tanto él como su familia me trataron con una delicadeza y una conciencia de mi posición, de lo que era y de lo que había sido, que no tuvieron una administración literata y legista, tanto más brutales, cuanto que procedían contra el débil, y no tenían motivo de temores.

De todos los gobiernos que se han sucedido en Francia hace cuarenta años, el de Felipe ha sido el único que me ha arrojado en el calabozo de los bandidos, poniendo su mano sobre mi cabeza, respetada

hasta por un conquistador irritado: Napoleon levantó el brazo, pero no descargó el golpe. ¿Y por qué esa cólera? Voy á decirlo: porque osé protestar en favor del derecho contra el hecho en un país en que, pedí la libertad bajo el imperio, la gloria bajo la restauración; en un país en que, solitario, cuento, no por hermanos, hijos, gozos y placeres, sino por sepulcros. Los últimos cambios políticos me separaron del resto de mis amigos: de estos, unos se fueron tras de la fortuna, y pasan engordados con su deshonra al lado de mi pobreza; otros han abandonado sus hogares, expuestos al insulto. Las generaciones deslumbradas por la independencia se han vendido, y comunes en su conducta, intolerables en su orgullo, medianas ó locas en sus escritos, no aguardo de ellas sino el desden con que yo les pago: ellas no tienen motivo para comprenderme, porque ignoran lo que es fe á la cosa jurada, amor á las instituciones generosas, respeto á sus propias opiniones, el desprecio del triunfo y del oro, la felicidad de los sacrificios, el culto de la debilidad y de la desgracia.

## CARTA AL MINISTRO DE LA JUSTICIA, Y RESPUESTA.

París, fines de julio de 1832.

Después del auto de no ha lugar, me quedaba un deber que cumplir. El delito de que yo había sido acusado estaba relacionado con el que motivaba la detención de Mr. Berryer en Nantes. Yo no había podido explicarme con el juez de instrucción, no reconociendo la competencia del tribunal. A fin de reparar el perjuicio que podía haber causado á monsieur Berryer mi silencio, escribí al ministro de la Justicia la carta que va á leerse, y que publiqué por medio de los periódicos.

«París 3 de julio de 1832.

«Señor ministro de la Justicia: permitidme cumplir cerca de vos, en interés de un hombre privado hace mucho tiempo de su libertad, un deber de conciencia y de honor.

«Interrogado Mr. Berryer, hijo, por el juez de instrucción en Nantes el 18 del mes último, contestó que había visto á la señora duquesa de Berry, que le había presentado, con el respeto debido á su condición, á su valor y á sus desgracias, su opinión personal y la de dignos amigos sobre la situación actual de la Francia y sobre las consecuencias de la presencia de S. A. R. en el Oeste.

«Desenvolviendo Mr. Berryer con su talento acostumbrado este vasto asunto, lo reasumió en estos términos: «Cualquier guerra extranjera ó civil, aun suponiéndola coronada del triunfo, no puede someter ni aliar las opiniones.»

«Preguntado acerca de los dignos amigos de quienes acababa de hablar, contestó noblemente monsieur Berryer, «que habiéndole manifestado hombres graves, acerca de las circunstancias actuales, una opinión conforme á la suya, había creído deber apoyar su parecer en el suyo; pero que no los nombraría sin que estos hubiesen consentido en ello.»

«Yo, señor ministro de la Justicia, soy uno de esos hombres consultados por Mr. Berryer, y no solo he aprobado su opinión, sino que he redactado una nota en ese mismo sentido, la cual debía ser entregada á la señora duquesa de Berry en el caso de que esta princesa se hallase realmente en suelo francés, cosa que no creía. No estando firmada dicha nota, escribí otra que firmé, y en la que suplicaba todavía mas encarecidamente á la intrépida madre del nieto de Enrique IV que abandonase una patria desgarrada por tantas discordias.

«Tal es la declaración que yo debía á Mr. Berryer.

El verdadero culpable, en caso de haberlo, soy yo. Espero que esta declaración sirva para la pronta escarcelación del preso de Nantes, pues hará pesar solo sobre mi cabeza la inculpación de un hecho muy inocente sin duda, pero del que, en último resultado, acepto todas las consecuencias.

«Tengo el honor de ser, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

«Calle del Infierno, 84.

«Habiendo escrito al conde de Montalivet el 9 del mes último por un asunto relativo á Mr. Berryer, el ministro del Interior no creyó ni aun deber darme á conocer que había recibido mi carta: como me interesa mucho saber la suerte de la que tengo el honor de escribir hoy al señor ministro de la Justicia, le quedaré infinitamente obligado si manda á sus oficinas que me acusen el recibo.

«CH...»

No se hizo esperar la respuesta del señor ministro de la Justicia, que fue como sigue:

«París, 5 de julio.

«Señor vizconde: conteniendo la carta que me habeis dirigido noticias que pueden ilustrar á la justicia, la hago enviar inmediatamente al procurador del rey, en el tribunal de Nantes, á fin de que se una á la sumaria principiada contra Mr. Berryer.

«Soy con respeto, etc.

«El guarda-sellos,  
»BARTHE.»

Por esta respuesta se reservaba lindamente monsieur Barthe una nueva persecución en contra mía. Me acuerdo de los soberbios desdenes de los grandes hombres del justo medio, cuando dejaba yo entrever la posibilidad de una violencia ejercida contra mi persona ó mis escritos. ¿Y á qué venía adornarme de un peligro imaginario? ¿Quién se cuidaba de mi opinión? ¿Quién pensaba en tocar ni á uno solo de mis cabellos? Apasionados y servidores de la olla, intrépidos héroes de la paz á toda costa, no por eso habeis dejado de tener vuestro terror de caja y de policía, vuestro estado de sitio de París, vuestros mil procesos de imprenta, vuestras comisiones militares para condenar á muerte al autor de los *Cancanes*, y me habeis encerrado en vuestras cárceles, siendo la pena aplicable á mi crimen nada menos que la pena capital. ¿Con qué placer os entregaría mi cabeza, si, arrojada en la balanza de la justicia, la hiciese inclinar del lado del honor, de la gloria y de la libertad de mi patria!

CARLOS X ME OFRECE MI PENSION DE PAR.—MI RESPUESTA.

París, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Yo estaba decidido mas que nunca á volverme á mi destierro: asustada Mad. de Chateaubriand con mi aventura, hubiera querido estar ya muy lejos, y no tratamos ya mas que de elegir el sitio en que fijáramos nuestras tiendas. La gran dificultad era hallar algun dinero para vivir en tierra extraña, y pagar primero una deuda que me amenazaba con persecución y prision.

El primer año de una embajada arruina siempre al embajador, y esto fue lo que sucedió en Roma. Retiréme al advenimiento del ministerio Polignac, y me marché añadiendo á mi ordinaria escasez sesenta mil francos de préstamo. Había yo llamado á la puerta de todas las bolsas realistas; pero ningunase abrió: acon-

sejéronme que acudiese á Mr. de Laffitte. Mr. de Laffitte me adelantó diez mil francos, que entregué inmediatamente á los acreedores mas apremiantes. Con el producto de mis folletos logré reunir la suma, que le devolví con reconocimiento; pero siempre me quedaban por pagar unos treinta mil francos, además de mis antiguas deudas, de las que algunas tienen barbas, pero viejas; por desgracia esas barbas son barbas de oro, que se cortan todos los años de mi barba.

El duque de Levis, de regreso de un viaje de Escocia, me había dicho de parte de Carlos X que este príncipe quería continuar suministrándome mi pensión de par: yo creí deber reusar semejante ofrecimiento. El duque de Levis volvió á la carga cuando me vió al salir de mi prision en los apuros mas crueles, no encontrando nada por mi casa y mi jardín de la calle del Infierno, y hallándome acosado por una nube de acreedores. Yo había vendido ya mis alhajas de plata. El duque de Levis me trajo veinte mil francos, diciéndome noblemente que eran las dos anualidades de la dignidad de par que el rey reconocía serme en deber, y que mis deudas de Roma no eran mas que una deuda de la corona. Esta suma me ponía en libertad: aceptéla como un préstamo momentáneo, y escribí al rey la siguiente carta (1):

«Señor: En medio de las calamidades con que plugo á Dios santificar vuestra vida, no habeis olvidado á los que sufren al pié del trono de San Luis. Os dignásteis darme á conocer hace algunos meses vuestro generoso designio de continuarme la pensión de par que renuncié al negarme á prestar juramento al poder ilegítimo; creí que V. M. tenía servidores mas pobres que yo y mas dignos de sus bondades. Pero los últimos escritos que he publicado me han ocasionado pérdidas y suscitado persecuciones: he tratado inútilmente de vender lo poco que me quedaba. Me veo obligado á aceptar, no la pensión anual que V. M. se digna señalarme sobre su real indigencia, sino un auxilio provisional para desembarazarme de los apuros que me impiden volver al asilo en donde podré vivir con mi trabajo. Señor, preciso es que yo sea bien desgraciado para servir de carga, ni aun por un momento, á una corona que he sostenido con todas mis fuerzas, y á la que continuaré sirviendo el resto de mi vida.

«Soy con el mas profundo respeto, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

BILLETE DE LA DUQUESA DE BERRY.—CARTA A BERANGER.—SALIDA DE PARÍS.—DIARIO DE PARÍS Á LUGANO.—MR. AGÜSTIN THIERRY.

París, calle del Infierno, del 1.º al 8 de agosto de 1832.

Mi sobrino, el conde Luis de Chateaubriand, me anticipó por su parte una suma igual de veinte mil francos. Desembarazado así de los obstáculos materiales, hice los preparativos de mi segunda marcha; pero una razon de honra me detenía: la señora duquesa de Berry estaba en tierra de Francia; ¿qué sería de ella? ¿No debía yo permanecer en los sitios adonde podían llamarme sus peligros? Un billete de la princesa que me llegó del fondo de la Vandée acabó de dejarme en libertad.

«Iba á escribiros, señor vizconde, relativamente á ese gobierno provisional que creí deber formar cuando ignoraba si podía yo penetrar en Francia, y del que me dijeron que consentiais en formar parte. Nunca ha existido de hecho, puesto que jamás se ha reunido, y algunos de sus miembros no se han puesto de

(1) En mi primer viaje á Praga se verá mi conversacion con Carlos X acerca de este préstamo. (Nota de París, 1834).

acuerdo sino para hacerme llegar un consejo que no he podido seguir. No por eso los quiero mal. Habeis juzgado con arreglo á los informes que os han dado de mi posición y de la del país los que tenían razones para conocer mejor que yo los efectos de una fatal influencia, en que no he querido creer; y estoy bien segura de que si Mr. de Chateaubriand hubiese estado á mi lado, su corazón noble y generoso se habría negado á ello igualmente. No por eso cuento menos con los buenos servicios individuales, y hasta con los consejos de las personas que formaban parte del gobierno provisional, y cuya elección me había sido dictada por su celo ilustrado y su adhesión á la legitimidad en la persona de Enrique V. Veo que vuestra intención es abandonar la Francia: mucho lo sentiría si pudiese acercaros á mí: pero teneis armas que alcanzan de lejos, y espero que no cesarais de combatir por Enrique V.

«Creed, señor vizconde, en toda mi estimación y amistad.

«M. C. B.»

Por este billete *Madame* prescindía de mis servicios, no accedía á los consejos que me atreví á darle en la nota de que había sido portador Mr. Berryer, y hasta parecía un tanto resentida de ella, bien que reconociese que la había extraviado una influencia fatal.

Vuelto así á mi libertad y desembarazado de todo hoy 7 de agosto; no teniendo ya mas que hacer que marcharme, escribí mi carta de despedida á Mr. de Beranger, que me había visitado en mi prision.

A Mr. de Beranger.

«París 7 de agosto de 1832.

«Quería, caballero, haberme ido á despedir de vos en persona, y daros gracias por vuestro recuerdo: me falta tiempo, y me veo obligado á marchar sin tener el placer de veros y abrazaros. Ignoro mi porvenir: ¿hay hoy día porvenir algun claro para nadie? No estamos en una época de revolución, sino de transformación social: ahora bien, las transformaciones se operan lentamente, y las generaciones que se encuentran en el periodo de la metamorfosis perecen oscuras y miserables. Si la Europa (cosa que podría bien suceder) está en la edad de la decrepitud, este es otro asunto: nada producirá, y se extinguirá en una impotente anarquía de pasiones, costumbres y doctrinas. En este caso, caballero, habeis cantado sobre una tumba.

He cumplido, caballero, todos mis compromisos: he vuelto á vuestra voz; he defendido lo que había venido á defender; he sufrido el cólera y vuelvo á la montaña. No rompáis vuestra lira, como habeis amenazado ya: le debo uno de mis títulos mas gloriosos al recuerdo de los hombres. Haced todavía sonreír y llorar á la Francia, porque sucede, por un secreto conocido únicamente de vos, que en vuestras canciones populares las palabras son alegres y la música lastimera.

«Me recomiendo á vuestra amistad y á vuestra musa.

«CHATEAUBRIAND.»

Debo ponerme en camino mañana: Mad. de Chateaubriand se reunirá á mí en Lucerna.

Basilea 12 de agosto de 1832.

Muchos hombres mueren sin haber perdido de vista su campanario: yo no puedo encontrar el campanario que debe verme morir. En busca de un asilo para acabar mis *Memorias* viajo de nuevo, arrastrando en pos de mí un enorme bagaje de papeles, correspon-

dencias diplomáticas, notas confidenciales, cartas de ministros y reyes: es la historia llevada á la grupa por la novela.

En Vesoul vi á Mr. Agustin Thierry, retirado en casa de su hermano el prefecto. Cuando en otro tiempo en París me envié su *Historia de la Conquista de los normandos*, fui á darle las gracias. Encontré á un jóven en su cuarto, cuyas puertas y ventanas estaban mediterráneas: estaba casi ciego; trató de levantarse para recibirme; pero sus piernas no pudieron sostenerle, y cayó en mis brazos. Sonrojóse cuando le manifesté mi sincera admiración, y entonces fue cuando me respondió que su obra era mía, y que la lectura de la batalla de los francos en *Los Mártires* fue lo que le había hecho concebir la idea de un nuevo modo de escribir la historia. Cuando me despedí de él hizo un esfuerzo por seguirme, y se arrastró hasta la puerta apoyándose en la pared. Salí conmovido de tanto talento y tanta desgracia.

En Vesoul dió fondo, despues de un largo destierro, Carlos X, que actualmente hacia rumbo hácia el nuevo destierro, que será para él el último.

Pasé la frontera sin ningun contratiempo con mi bagaje: veamos si del otro lado de los Alpes no podré gozar de la libertad de la Suiza y del sol de la Italia, necesidad de mis opiniones y de mis años.

A la entrada de Basilea encontré un anciano suizo aduanero, el cual me obligó á hacer una pequeña cuarentena de un cuarto de hora: bajaron mi equipaje á una cueva, y pusieron en movimiento no sé qué cosa que imitaba el ruido de un telar: levantóse un humo de vinagre; y purificado así del contagio de la Francia; el buen suizo me dejó marchar.

He dicho en el *Itinerario* al hablar de las cigüeñas de Atenas: «De lo alto de sus nidos, adonde no pueden llegar las revoluciones, han visto por bajo de ellas cambiar la raza de los mortales: mientras que sobre los sepulcros de las generaciones religiosas se han levantado generaciones impías, la cigüeña jóven ha alimentado siempre á su anciano padre.

He hallado en Basilea el nido de cigüeña que dejó allí hace seis años; pero el hospital en cuyo tejado la cigüeña de Basilea ha construido su nido no es el Parthenon; el sol del Rhin no es el sol de Cefiso; el concilio no es el Areópago; Erasmo no es Pericles: sin embargo, algo es el Rhin, la selva Negra, la Basilea romana y germánica. Luis XIV extendió la Francia hasta las puertas de aquella ciudad, y tres monarcas enemigos la cruzaron en 1813 para ir á dormir en el lecho de Luis el Grande, defendido en vano por Napoleón. Vamos á ver las *Danzas de la muerte*, de Holbein, que ellas nos darán cuenta de las vanidades humanas.

La *Danza de la muerte* (si es que esto no era entonces mismo una verdadera pintura) tuvo lugar en París en 1424, en el cementerio de los Inocentes: su procedencia era Inglaterra. La representacion del espectáculo fue consignada en cuadros, que fueron espuestos en los cementerios de Dresde, Lubeck, Minden, Chaise-Eieu, Strasburgo, Blois, en Francia, y el pincel de Holbein inmortalizó en Basilea aquellas alegrías de la tumba.

Aquellas danzas del grande artista han sido á su vez llevadas por la muerte, que no perdona ni á sus propias locuras: no ha quedado en Basilea del trabajo de Holbein mas que seis piezas aserradas sobre las piedras del claustro y depositadas en la universidad. Un dibujo con coloridos conserva el conjunto de la obra.

Aquellas imágenes grotescas sobre un fondo terrible participan del genio de Shakspeare, genio mezclado de trágico y cómico. Los personajes tienen una expresion viva: pobres y ricos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, papas, cardenales, curas, emperadores, reyes, reinas, príncipes, duques,

nobles, magistrados, guerreros, todos luchan y razonan contra la muerte; ninguno la acepta de buen grado.

La muerte está variada hasta lo infinito, pero siempre burlona, á semejanza de la vida, que no es mas que una grave arlequinada. Esa muerte del pintor satírico tiene una pierna de menos, como el mendigo con pierna de palo á cuyo lado camina; toca el bandolin detrás del hueso de su espalda como el músico á quien arrastra. No siempre está calva: mechones de cabellos blondos, castaños ó grises, revolotean alrededor del cuello del esqueleto, haciéndole mas espantoso con hacerle parecer casi vivo. En uno de los cartones la muerte tiene hasta carne casi, es casi jóven como un jóven, y lleva á una muchacha que está mirándose en un espejo. La muerte lleva en su zurrón chascos de un estudiante travieso: corta con tigras la cuerda del perro que conduce á un ciego, y el ciego está á dos pasos de una fosa abierta; en otra parte la muerte, con una pequeña capita, se acerca á una de sus victimas con los gestos de un Pasquin. Holbein debió tomar la idea de aquella formidable alegría en la naturaleza misma: éntrase en un cuarto de reliquias, y todas las cabezas de muerto parece que se burlan, porque descubren los dientes: es la risa, sin los labios que la diseñan y forman la sonrisa. ¿De qué se burlan esas calaveras? ¿De la nada de la vida?

La catedral de Basilea, y especialmente sus antiguos claustros, me han agradado. Al recorrer estos últimos, llenos de inscripciones fúnebres, he leído los nombres de algunos reformadores. El protestantismo elige mal el sitio y aprovecha mal su tiempo cuando se coloca en los monumentos católicos: entonces se ve menos lo que ha reformado que lo que ha destruido. Esos pedantes áridos que pensaban rehacer un cristianismo primitivo en un antiguo cristianismo creador de la sociedad hace quince siglos, no han podido erigir un solo monumento: ¿A qué hubiera correspondido ese monumento? ¿Cómo habría estado en armonía con las costumbres? Los hombres no estaban hechos, como Lutero y Calvino, en tiempo de Lutero y de Calvino: estaban hechos, como Leon X, con el genio de Rafael, ó como San Luis, con el genio gótico: el menor número no creía en nada; la mayoría creía en todo. Así es que el protestantismo no tiene por templos mas que salones de escuelas, ó por iglesias mas que las catedrales que ha devastado: allí ha ido á establecer su desnudez. Jesucristo y sus apóstoles no se asemejaban ciertamente á los griegos y á los romanos de su siglo; pero aquellos no venían á reformar un culto antiguo, sino á establecer una religion nueva, á reemplazar los dioses por un Dios.

Lucerna 14 de agosto de 1822.

El camino de Basilea á Lucerna por la Argovia presenta una serie de valles, algunos de los cuales se asemejan al valle de Argelés, menos el cielo español de los Pirineos. En Lucerna las montañas, diversamente agrupadas, escalonadas, perfiladas y de diferentes colores, se terminan retirándose unas tras otras y hundiéndose en la perspectiva hácia las nieves vecinas del San Gotardo. Si se suprimiese el Righ y el Pilote, y no se conservase mas que las colinas cubiertas de yerbas y madrigueras de conejos que rodean el lago de los cuatro cantones, se produciría un lago de Italia.

Los arcos del claustro del cementerio que rodean á la catedral son como los palcos, desde donde puede gozarse de aquel espectáculo. Los monumentos de aquel cementerio tienen por estandarte una crucecita de hierro con un Cristo dorado. A los rayos del sol, son otros tantos puntos de luz que se escapan de las

tumbas; de trecho en trecho hay pilas de agua bendita, en las que se moja una rama, con la cual puedan bendecirse cenizas queridas. Yo nada lloraba allí en particular, pero esparcí el rocío lustral sobre la comunidad silenciosa de los cristianos y de los desgraciados hermanos míos. Un epitafio me dice: *Hodie mihi, cras tibi*: otro: *Fuit homo*: otro: *Siste, viator; abi, viator*. Y yo aguardo á mañana, y habré sido hombre, y viajero me detengo, y viajero me voy. Recostado contra uno de los arcos del claustro, contemplé por largo tiempo el teatro de las aventuras de Guillermo Tell y de sus compañeros, teatro de la libertad helvética, tan bien cantado y descrito por Schiller y Juan de Muller. Mis ojos buscaban en el cuadro inmenso la presencia de los muertos mas ilustres, y mis piés hollaban las cenizas mas ignoradas.

Al volver á ver los Alpes, hace cuatro ó cinco años, me preguntaba qué era lo que iba á buscar allí: ¿qué diré hoy? ¿Qué diré mañana, y mañana todavía? ¿Desgraciado de mí, que no puedo envejecer, y estoy envejeciendo siempre!

Lucerna 15 de agosto.

Los capuchinos han ido esta mañana, segun es costumbre el día de la Asuncion, á bendecir las montañas. Esos monges profesan la religion bajo la cual nació la independencia suiza: esa independencia dura todavía. ¿Qué será de nuestra libertad moderna, maldecida con la bendicion de los filósofos y de los verdugos? No tiene aun cuarenta años, y ya ha sido vendida, revendida, chalaneada y cambalachada en todos las esquinas de las calles. Hay mas libertad en el sayal de un capuchino que bendice los Alpes, que en todo el revoltito de los legisladores de la república, del imperio, de la restauracion y de la usurpacion de julio.

El viajero francés en Suiza se siente conmovido y entristecido: nuestra historia, por desgracia de los pueblos de esas regiones, se liga demasiado con la suya: la sangre de la Helvecia ha corrido por nuestra causa y por nosotros: hemos llevado el hierro y el fuego á la cabaña de Guillermo Tell: hemos comprometido en nuestras guerras civiles al aldeano guerrero que guardaba el trono de nuestros reyes. El genio de Thorwaldsen fijó el recuerdo del 10 de agosto en la puerta de Lucerna. El leon helvético espira atravesado de una flecha, cubriendo con su cabeza agachada y una de sus patas el escudo de Francia, del que no se ve mas que una flor de lis. La capilla consagrada á las victimas; el grupo de árboles verdes que acompaña el bajo relieve esculpido en la roca; el soldado escapado de la matanza del 10 de agosto, que enseña á los viajeros el monumento; el billete de Luis XVI que manda á los suizos deponer las armas; el fronton del altar ofrecido por la delina á la capilla espitorial y sobre el que aquel perfecto modelo de dolor ha bordado la imagen del cordero divino inmolado... ¿Por qué designio la Providencia, despues de la última caída del trono de los Borbones, me envía á buscar un asilo al lado de aquel monumento? A lo menos yo puedo contemplarlo sin avergonzarme; puedo poner mi mano débil, pero no perjura, sobre el escudo de Francia, como el leon lo abarca con sus garras poderosas, aunque afojadas por la muerte.

Pues bien, ¿ese monumento, un miembro de la dieta ha propuesto destruirlo! ¿Qué pide la Suiza? ¿La libertad? Goza de ella hace cuatro siglos. ¿La igualdad? La tiene. ¿La república? Es su forma de gobierno, ¿El alivio de los impuestos? Apenas paga contribuciones. ¿Pues qué es lo que quiere? Quiere cambiar: esa es la ley de los seres. Cuando un pueblo, trasformado por el tiempo, no puede permanecer siendo lo que ha sido, el primer síntoma de su enfer-

medad es el odio á lo pasado y á las virtudes de sus antepasados.

Volvíme del monumento del 10 de agosto por el gran puente cubierto, especie de galería de madera suspendida sobre el lago. Doscientos treinta y ocho cuadros triangulares colocados entre los cabrios del techo adornan aquellas galerías. Son los fastos populares, en donde el suizo aprendía al paso la historia de su religion y de su libertad.

He visto las gallinetas domesticadas y prefiero las salvajes del estanque de Combourg.

En la ciudad me llamó la atencion el ruido de un coro de voces que salia de una capilla de la Virgen. Entré en ella, y me creí trasladado á los días de mi infancia. Delante de cuatro altares, piadosamente adornados, varias mujeres rezaban con el sacerdote el rosario y las letanías. ¿Era aquello como la oracion de la tarde á orillas del mar en mi pobre Bretaña, y yo estaba á orillas del lago de Lucerna! De este modo una mano unia los dos cabos de mi vida para hacerme sentir mejor todo lo que se había perdido en la cadena de mis años.

Sobre el lago de Lucerna 16 de agosto de 1832, al mediodía.

Alpes, bajad vuestras cumbres; no soy ya digno de vosotros: jóven, estaria solitario; anciano, solo me hallo aislado. Todavía pintaria bien la naturaleza; ¿pero para quién? ¿Quién haria caso de mis cuadros? ¿Qué otros brazos que los del tiempo estrecharian en recompensa mi genio de frente desnuda de cabellos? ¿Quién repetiría mis cantos? ¿A qué musa se los inspiraría? Bajo la bóveda de mis años, como bajo la de los montes nevados que me rodean, no vendrá á enardecerme ningun rayo de sol. ¿Qué lástima es arrastrar, al través de estos montes, pasos fatigosos que nadie querría seguir! ¿Qué desgracia la de no hallarme en libertad de vagar de nuevo sino al fin de mi vida!

A las dos.

Mi barca se ha detenido en la cala de una casa sobre la orilla derecha del lago, antes de entrar en el golfo de Uri. He subido por el vergel de aquella posada, é ido á sentarme bajo dos nogales que cubren un establo. Delante de mí, algo á la derecha, sobre la orilla opuesta del lago, se despliega la aldea de Schwitz entre vergeles y los planos inclinados de aquellas praderas, llamadas Alpes en el país: hállase coronada por una roca cortada en semicírculo, y cuyas dos puntas, el Mithen y el Haken (la mitra y el báculo), toman su nombre de su forma. Aquel chapitel bifurcado descansa sobre céspedes, como la corona de la ruda independencia helvética sobre la cabeza de un pueblo de pastores. El silencio solo se hallaba interrumpido á mi alrededor por el sonido de los cerceros de dos terneras que había en el vecino establo, y que parecía anunciarme la gloria de la libertad pastoril que dió Schwitz con su nombre á todo un pueblo: un pequeño canton en las inmediaciones de Nápoles, llamado *Italia*, comunicó tambien su nombre, aunque con derechos menos sagrados, á la tierra de los romanos.

A las tres.

Partimos y entramos en el golfo ó lago de Uri. Las montañas se abren y oscurecen. Une allí la cima verde del Gruttli y las tres fuentes en donde Furst, Ander-Alden y Stauffer juraron la emancipacion de su país: allá, al pié del Achenberg, la capilla que marca el sitio en que Tell, saltando del barco de Gessler, lo rechazó de una patada al medio de las olas.

¿Pero han existido Tell y sus compañeros? ¿No

serán acaso personajes del Norte nacidos de los cantos de los Escaldas, y de los que se encuentran tradiciones heroicas en las riberas de la Suecia? ¿Son hoy los suizos lo que eran en la época de la conquista de su independencia? Estos senderos de osos ven rodar carruajes por donde Tell y sus compañeros brincaban con el arco en la mano, de abismo en abismo. ¿Soy yo mismo un viajero en armonía con aquellos sitios?

Afortunadamente vino á asaltarme una tempestad. Abordamos á un ancon, á algunos pasos de la capilla de Tell: siempre es el mismo Dios que subleva los vientos, y la misma confianza en Dios que tranquiliza á los hombres. Como en otro tiempo, al atravesar el Océano, los lagos de la América, los mares de la Grecia, de la Siria, escribo en un papel infectado. Las nubes, las olas, el ruido del rayo se asocian mejor al recuerdo de la antigua libertad de los Alpes que la voz de esa naturaleza afeminada y degenerada que mi siglo ha colocado á pesar mio en mi seno.

Altorf.

Habiendo desembarcado en Fluellen y llegado á Altorf, la falta de caballos va á retenerme una noche al pié del Banberg. Aquí Guillermo Tell derribó la manzana de la cabeza de su hijo: el tiro era de la distancia que separa aquellas dos fuentes. Creamos, á pesar de la misma historia referida por Sajon el Gramático, y que yo he citado en mi *Ensayo sobre las revoluciones*: tengamos fe en la religion y la libertad, las dos únicas cosas grandes del hombre: la gloria y el poder son brillantes, no grandes.

Mañana, desde lo alto del San Gotardo, saludaré de nuevo aquella Italia que saludé desde la cumbre del Simplon y del Monte-Cenis. ¿Pero á qué es esa última mirada sobre las regiones del Mediodía y de la aurora? El pino de los terrenos nevados no puede bajar entre los naranjos que van por bajo de él en los floridos valles.

Diez de la noche.

Vuelve á principiar la tempestad: culebrean los relámpagos por las rocas: los ecos aumentan y prolongan el ruido del trueno: los mugidos del Schœchen y del Reuss reciben al bardo de la Armórica. Hace mucho tiempo no me habia encontrado yo solo y libre: nada en el cuarto en donde estoy encerrado: dos camas para un viajero que vela y no tiene amores que mecer ni ensueños que forjarse. Aquellas montañas, aquella tempestad, aquella noche son tesoros perdidos para mí. Y sin embargo, ¡cuánta vida siento en el fondo de mi alma! Jamás, cuando la sangre corría mas ardiente del corazón en mis venas, he hablado el lenguaje de las pasiones con tanta energía como pudiera hacerlo en este momento. Paréceme que veo salir de los costados del San Gotardo mi sílfide de los bosques de Combourg. ¿Vienes á buscarme, encantador fantasma de mi juventud? ¿Tienes compasion de mí? Ya lo ves: no he cambiado mas que de rostro: siempre quimérico, devorado por un fuego sin causa y sin alimento. Salgo del mundo y entraba en él cuando te creé en un momento de éxtasis y delirio. Esta es la hora en que yo te invocaba en mi torre. Todavía puedo abrir mi ventana para dejarte entrar. Si no estás contenta con las gracias que te he prodigado, te haré todavía cien veces mas seductora: mi paleta no está agotada aun: he visto mas bellezas, y sé pintar mejor. Ven á sentarte sobre mis rodillas: no tengas miedo de mis cabellos: acarícialos con tus manos de hada ó de sombra, y haz que se vuelvan negros con tus besos. ¡Esta cabeza, que los cabellos que de ella se desprenden no hacen sabia; es tan loca como lo era cuando te di el ser, hija primogénita de mis ilusio-

nes, dulce fruto de mis amores misteriosos con mi primera soledad. Ven y subiremos todavía juntos sobre nuestras nubes; iremos con el rayo á surcar, iluminar y abrazar los precipicios por donde pasará mañana. ¡Ven! Llévame como en otro tiempo, pero no me traigas mas.

Llaman á mi puerta: no eres tú; es el guia. Han llegado los caballos y es preciso marchar. De este sueño no queda mas que la lluvia, el viento y yo, sueño sin fin, eterna tempestad.

17 de agosto de 1832 (Amstog).

De Altorf aquí, un valle entre montañas apiñadas, como se ven por todas partes: el Reuss ruidoso en el centro. En la posada del Ciervo se me acercó un estudiantillo alemán que venia de las neveras del Ródano, y me dijo:—«¿Venis de Altorf esta mañana? Caminad de prisa.» Greia que yo iba á pié como él; pero viendo luego mi carruaje:—«Oh! dijo: ¡caballos! eso es otra cosa.» Si el estudiante quisiese cambiar sus jóvenes piernas por mi carruaje y mi peor carro de gloria, ¡con qué placer tomaría yo su palo, su blusa gris y su barba blonda! Me iría á las neveras del Ródano: hablaría la lengua de Schiller á mi querida, y meditaría profundamente en la libertad germánica: él caminaría viejo como el tiempo, hastiado como un muerto, desengañado por la experiencia, habiéndose atado al cuello, como una campanilla, un ruido de que estaría mas cansado al cabo de un cuarto de hora que del zumbido del Reuss: No tendrá lugar el cambio: los buenos lanceos no están para mí. Marchóse mi estudiante, y me dijo quitándose y poniéndose su gorra teutona con una leve inclinación de cabeza:—«Con vuestro permiso.» Otra sombra desvanecida. El estudiante no sabe mi nombre: me habrá encontrado y no lo sabrá jamás: me complazco en esta idea; busco la oscuridad con mas ardor que en otro tiempo deseaba la luz: esta me incomoda, ya porque ilumina mis miserias, ya porque me muestra objetos de que no puedo ya gozar: tengo prisa por pasar la antorcha á mi vecino.

Tres mozos tiran la ballesta: Guillermo Tell y Gessler se hallan por todas partes. Los pueblos libres conservan el recuerdo de las fundaciones de su independencia. Pregúntese á un pobre de Francia si ha lanzado nunca el hacha en memoria del rey Hlowigh, ó Kholdwig ó Clodoveo.

CAMINO DEL SAN GOTARDO.

El nuevo camino de San Gotardo, al salir de Amsteg, va y viene haciendo eses por espacio de dos leguas, unas veces costeano el Reuss y otras separándose cuando la madre del torrente se ensancha. En los relieves perpendiculares del paisaje se divisan cuevas desnudas ó tachonadas con grupos de hayas, picos lanzándose en las nubes, cúpulas cubiertas de nieve, cimas calvas ó que conservan algunos rastros de nieve como mechones de cabellos blancos: en el valle, puentes, columnas de tablas ennegrecidas, nogales y árboles frutales que ganan en lujo de ramas y hojas lo que pierden en succulencia de frutos. La naturaleza agreste obliga á esos árboles á hacerse silvestres; la savia se abre paso, á pesar del engerto: un carácter enérgico rompe los lazos de la civilización.

Un paso mas arriba, en la orilla derecha del Reuss, cambia la escena: el rio corre con cascadas en un álveo pedregoso bajo una arboleda de espesos pinos: es el valle del puente de España en Caüterets. En los costados de la montaña vejetan las malezas sobre las aristas vivas de la roca, en donde amarradas por sus raíces resisten el embate de las tempestades.

Por el camino solo algunos cuadros de patatas anuncian al hombre en aquel sitio: es preciso que coma y que ande este en el resúmen de su historia. Los rebaños, relegados á los pastos de las regiones superiores, se occultan á la vista; pájaros, ninguno; águilas, tampoco: la grande águila cayó en el Océano al pasar por Santa Elena: no hay vuelo tan alto y fuerte que no desfallezca en la inmensidad de los cielos. El águila real acaba de morir. Habiamos anunciado otras águilas de julio de 1830: á la verdad han bajado de su guarida para anidar con los palomos calzados. Nunca arrebatarán gamos en sus garras: debilitada su mirada en la luz doméstica, jamás contemplará de la cima de San Gotardo el libre y brillante sol de la gloria de Francia.

VALLE DE SCHOELLENEN.—PUENTE DEL DIABLO.

Después de pasar el puente del Salto del Cura y dar la vuelta á la aldea de Waren se vuelve á tomar la orilla derecha del Reuss: á una y otra orilla blanquean cascadas extendidas entre alfombras verdes al paso de los viajeros. Por un desfiladero se divisa el ventisquero de Ranz, que se une á los ventisqueros de la Furca.

Penétrase al fin en el valle de Schœllenen, en donde principia la primera rampa del San Gotardo. Este valle es una muesca de dos mil piés de profundidad, formada en una roca de granito. Las paredes de la roca forman muros gigantescos perpendiculares. Las montañas no ofrecen mas que sus costados ardientes y enrojecidos. El Reuss truena en su lecho vertical acolchado de piedras. Unos restos de torre dan testimonio de otros tiempos como la naturaleza recuerda aquí siglos inmemoriales. Sostenido en el aire por las murallas á lo largo de las masas de granito, el camino, torrente inmóvil, circula paralelo al torrente móvil del Reuss. Aquí y acullá bóvedas de fábrica ofrecen al viajero un abrigo contra el alud: camínase todavía algunos pasos en una especie de embudo tortuoso, y de repente, en una de las volutas de la concha, se encuentra un frente á frente del puente del Diablo.

Este puente corta hoy el arco del nuevo puente mas elevado, construido detrás y que le domina: el antiguo puente, alterado en esa forma, no se asemeja mas que á un pequeño acueducto de dos pisos. El puente nuevo, cuando se viene de la Suiza, oculta la cascada que se retira. Para gozar de la vista del arco Iris y de los juegos de la cascada hay que colocarse en dicho punto; pero para el que ha visto la catarata de Niágara no hay cascada que pueda sorprenderle. Mi memoria opone sin cesar mis viajes á mis viajes, montañas á montañas, rios á rios, selvas á selvas, y mi vida destruye mi vida. Lo mismo me sucede respecto de las sociedades y de los hombres.

Los caminos modernos que el Simplon ha enseñado y que el Simplon borra, no presentan el efecto pintoresco de los antiguos caminos. Estos últimos, mas atrevidos y mas naturales, no evitaban ninguna dificultad: no se separaban del curso de los torrentes, subian y bajaban con el terreno, escalaban las rocas, se hundían en los precipicios, pasaban bajo los aludes sin quitar nada al placer, la imaginación, ni al goce de los peligros. El antiguo camino del San Gotardo, por ejemplo, era mucho mas peligroso que el actual. El puente del Diablo merecia su reputación cuando al entrar en él se veía por encima la cascada del Reuss, y trazaba un arco oscuro ó mas bien un estrecho sendero á través del brillante vapor de la cascada. Luego, al final del puente, el camino subía á pico hasta llegar á la capilla, cuyas ruinas se ven todavía. Al menos los habitantes de Uri han tenido la piadosa idea de construir otra capilla en la cascada.

En fin, no eran hombres como nosotros los que

atravesaban en otro tiempo los Alpes; eran hordas de bárbaros ó legiones romanas. Eran caravanas de comerciantes, caballeros armados, aventureros, trágicos, peregrinos, prelados, monges. Contábanse aventuras extrañas. ¿Quién habia construido el puente del Diablo? ¿Quién habia precipitado en la pradera de Wasen la roca del Diablo? Por una y otra parte se elevaban torreones, cruces, oratorios, monasterios, ermitas que conservaban la memoria de una invasión, de un combate, de un milagro ó de una desgracia. Cada tribu montañesa conservaba su lengua, su traje, sus usos, sus costumbres. No se encontraba, á la verdad, una excelente posada en un desierto, ni se bebía allí vino de Champagne, ni se leían gacetas; pero si habia mas ladrones en el San Gotardo, habia menos tunantes en la sociedad. ¡Qué bella cosa es la civilización! Esta perla se la regalo al primer lapidario.

Suwaroff y sus soldados han sido los últimos viajeros en aquel desfiladero, al fin del cual encontraron á Massena.

EL SAN GOTARDO.

Después de desembocar del puente del Diablo y de la galería de Urnerloch, se llega á la pradera de Ursern, cerrada por estrellas como los asientos de piedra de un anfiteatro. El Reuss corre apacible en medio del verde: el contraste es singular: así es como, antes y después de las revoluciones, la sociedad aparece tranquila: los hombres y los imperios duermen á dos pasos del abismo en que van á caer.

En la aldea de Hospital principia la segunda rampa, la cual conduce á la cumbre del San Gotardo, que se halla invadido por masas de granito. Esas masas, arrolladas, hinchadas, rotas y festoneadas en su cima por algunas guirnalda de nieve, se asemejan á las olas fijas y espumosas de un océano de piedra, sobre el que el hombre ha dejado las ondulaciones de su camino.

«Al pié del monte Adulo, entre mil cañaverales, el Rhin tranquilo y orgulloso por el progreso de sus aguas, apoyado con una mano sobre su urna inclinada, dormía al ruido lisonjero de sus nacientes olas.»

Hermosos conceptos, pero inspirados por los rios de mármol de Versailles. El Rhin no sale de su álveo de cañaverales: se levanta de un lecho de escarcha: su urna, ó mas bien sus urnas, son de hielo: su origen es el mismo de esos pueblos del Norte, del que se hizo rio adoptivo y cinturón guerrero. El Rhin, nacido del San Gotardo en los Griñones, vierte sus aguas en el mar de Holanda, de Noruega y de Inglaterra: el Ródano, hijo tambien del San Gotardo lleva su tributo al Neptuno de España, de Italia y de Grecia: nieves estériles forman los recipientes de la fecundidad del mundo antiguo y del mundo moderno.

Dos estanques sobre la plataforma del San Gotardo dan origen, el uno al Tessino, el otro al Reuss. El nacimiento del Reuss es menos elevado que el del Tessino; de suerte que, construyendo un canal de unos cuantos centenares de pasos, se arrojaría el Tessino en el Reuss. Si se repitiese la misma obra en los principales afluentes de estas aguas, se verificarían extrañas metamorfosis en las comarcas por bajo de los Alpes. De consiguiente un montañés puede darse el placer de suprimir un rio, fertilizar ó hacer estéril un país: véase una cosa que rebaja el orgullo del poder.

Es una cosa maravillosa ver al Reuss y al Tessino decirse un eterno adiós y tomar un camino opuesto sobre los dos vertientes del San Gotardo: sus cunas